

tes: la humanista y la progresista lideradas por Karl Brunner y Le Corbusier, respectivamente, quienes diseñaron planes encaminados a reorganizar la ciudad, incluyendo en ella el verde. Las propuestas de ambos urbanistas eran proyectos ambiciosos que no se llevaron a cabo en su totalidad porque el interés por la rentabilidad de la tierra pesó más que la necesidad de democratizar el espacio.

Palacio Castañeda y Rouillón Acosta terminan su análisis con una mirada a los nuevos planes de la ciudad que tienen como reto organizar el caos moderno, desconcierto extendido que además de generar problemas ambientales de toda índole, “[...] multiplicó la segregación social y volvió muy ricos a los especuladores de tierras” (pág. 166).

La investigación de Julián Alejandro Osorio Osorio “Los cerros y la ciudad: crisis ambiental y colapso de los ríos en Bogotá al final del siglo XIX” explora las tensiones entre espacio y población centrando su atención: primero, en la dependencia de la ciudad con los cerros orientales y con los ríos patrimoniales que, además de definir el espacio de la capital decimonónica, abastecían a sus habitantes de agua y leña; segundo, en la crisis ambiental generada por el auge de las alfarerías y por la explotación de chircales; y por último, en las medidas administrativas que terminaron en la compra de las cuencas altas de los ríos Sisga, Neusa, Teusacá y Tunjuelo, acciones encaminadas a solucionar el problema del agua a largo plazo.

“Bogotá: el tortuoso y catastrófico (des)encuentro entre el río y la ciudad” es el título del trabajo de análisis de Camilo Guío y Germán Palacio en torno a las transformaciones del río Bogotá, ocasionadas por las distintas formas de articulación entre la ciudad y el recurso hídrico durante tres periodos de notable progreso económico, pero también de graves consecuencias medioambientales para la ciudad, la Sabana y el río.

Los investigadores abordan su trabajo explorando el periodo de

naturaleza liberalizada comprendido entre 1850 y 1920, etapa que se caracteriza por la privatización de la tierra, la apropiación de cuerpos de agua y la conformación de las haciendas hechos que, si bien comenzaron a modificar el entorno, el impacto sobre el río no ocasionó cambios sustanciales. Los problemas graves comenzaron a sentirse de manera contundente entre 1920 y 1970, periodo de modernización de la naturaleza, lapso durante el cual la ciudad se expandió sobre el campo y en aras del progreso hirió severamente la naturaleza del río con “[...] la generación de vías de comunicación, la urbanización, la industrialización y la modernización de la región” (pág. 195). Por último, los autores analizan el periodo de naturaleza ambientalizada que comparte la preocupación mundial por el estado de los recursos naturales y la necesidad de establecer políticas para su conservación. Ahora, el progreso impone retos para revertir los daños ocasionados por la modernización y el desarrollo.



Jaime Bernal Hadad, en su trabajo “Sabana de Bogotá: el conflicto por los recursos naturales y la situación ecológica”, analiza las tensiones generadas por la apropiación de los recursos naturales y sus repercusiones en la conservación ecológica. Para ello, el autor define los componentes naturales de los ecosistemas y de los distintos paisajes de la Sabana; señala aspectos sociales relacionados con la demografía, la población y la tenencia de la tierra;

y por último, centra su atención en la producción agrícola y el consumo, tanto en la ciudad como en el campo, de elementos que le permiten establecer las tendencias futuras.

La interacción entre el campo y la ciudad ha generado modificaciones ambientales irreversibles. Hellen Cristancho y Nohra León con su trabajo “Las transformaciones de los espacios rurales del norte de Bogotá (1985-2005)” establecen que dichas alteraciones obedecen a la evolución biofísica y a las tensiones ocasionadas por el cambio de uso de los suelos y señalan que es indispensable que se adelanten acciones y se tomen decisiones encaminadas a lograr un equilibrio entre la protección ambiental y el desarrollo socioeconómico de la Sabana.

La obra *Historia ambiental de Bogotá y la Sabana, 1850-2005* es más que un interesante y detallado recuento del pasado desde una óptica ambiental. Es también un medio para despertar conciencia y crear vínculos con la ciudad y la región que nos alberga y alimenta.

LETICIA RODRÍGUEZ
MENDOZA

De lanudos y sabaneros

Ordenar para controlar

Marta Herrera Ángel

La Carreta Editores, CESO,
Universidad de los Andes, Medellín,
2007, 385 págs.

El origen de este libro es la disertación de la autora, politóloga de la Universidad de los Andes, para graduarse como doctora en geografía por la Universidad de Syracuse. En los agradecimientos, ella gratifica a su terquedad y amor por la pintura que le permitió hacer fluir algo clave en el libro, que estaba estancado: “En lo que podríamos denominar como la recta final de este trabajo,

con la mayoría de los textos elaborados, el armazón global que los articulaba, no aparecía, ni se configuraba. Estaba ahí, pero no se hacía explícito” (pág. 10). Se puso entonces a pintar con acuarela la montaña que tenía frente a su ventana: “En esa jornada de pintura y la del día siguiente algo pasó y la estructura del texto que estaba engarzada en un oscuro rincón fluyó. La pintura de la carátula es uno de esos dibujos”. Su amor por la pintura va a la par con su afecto por la geografía: los veintiocho mapas que ella misma dibujó, y cuyas reproducciones aparecen en el texto, son una prueba fehaciente de ello.



Marta Herrera se inserta en una historiografía crítica. Véase, por ejemplo, su breve y candente escrito sobre Manuel Quintín Lame, que aparece en la biblioteca virtual de la Luis Ángel Arango, donde uno aprende que en Paniquitá, en 1914, Quintín Lame se echó un discurso ante los indios donde dijo que “las palabras del himno nacional eran una mentira, al igual que la independencia, porque a los indios no les habían devuelto sus tierras”. Este indio de tamaño colosal, con una melena que le llegaba muy bajo, con su tabaco y su recia terquedad de autodidacta, jurista, poeta, escritor,

El pensamiento del indio que se educó en las selvas colombianas, este Manuel Quintín cuya hermana muda fue violada por soldados del Ejército y cuyo hermano fue masacrado por liberales ávidos de tierras, él mismo golpeado y cargado de grillos en las distintas cárceles donde estuvo preso por sublevado, este caso de Quintín Lame es probatorio de que la Historia Universal de la Infamia tiene en Colombia un conspicuo capítulo.

Las dos fuentes principales del libro son el Archivo General de la Nación en Bogotá, y el Archivo General de Indias en Sevilla, ciudad donde, según confiesa la autora, disfrutó “enormemente de sus gentes y de lo que para mí era un enrevesado ordenamiento espacial. Perderme por sus calles era una delicia, salvo que tuviera que cumplir con algún compromiso” (pág. 9). Ella cae a gusto en la red de un espacio singular y, como en Venecia, esta suerte de desorden ciudadano la alivia de la constricción del espacio cuadriculado de calles y carreras, diseñado como para los coches que desde el siglo XVI van por todos los pueblos y las villas de América.

En el Caribe, dice Herrera, “aprendí que amo el páramo y la niebla, pero que me deslumbra y atrae la luz y el calor del Caribe” (pág. 9). El libro será precisamente el resultado de poner en contraste dos geografías, dos temperamentos de sus pobladores y, sobre todo, dos modelos de ordenar un territorio, un sitio. El subtítulo del texto es: “Ordenamiento espacial y control político en las llanuras del Caribe y en los Andes centrales neogranadinos. Siglo XVIII”. En la Primera Parte, el texto describe la geografía, el poblamiento y las estructuras de poder en ambas regiones. En la Segunda Parte, estudia el ordenamiento espacial y el “orden natural” de la sociedad, tanto en las provincias de Santafé y de Tunja como en las de Cartagena y Santa Marta; en el último capítulo, el libro se extiende considerando el territorio de los “Chimila”; comprende con este nombre a varios pueblos de “indios bravos” que

compartían un amplio territorio al occidente y al sur de la Sierra Nevada de Santa Marta, entre el río Magdalena y la serranía de los Motilones y del Perijá. Más allá de este libro, la autora continúa investigando sobre los indios “Chimila”, que comprendían a los arhuacos, los chimiles propiamente dichos, los pintados, los alcoholados, los orejones (por las piezas doradas que llevaban en las orejas horadadas), los tomocos, los acanayutos, los guajiros, cocinas, tupes, pampanillas y motilones (pág. 290). Hasta 1763, como se muestra en el texto, y desde la Conquista, o sea durante doscientos cincuenta años, estos indios flecheros preservaron sus territorios, resistieron el empuje invasor del conquistador y del colono blanco.

Además de los archivos, es impresionante la cantidad de libros citados en las notas de pie de página y en la Bibliografía. Incluye algunos textos de viajeros, como Humboldt (de viaje por la Sabana de Bogotá y por el río Magdalena), el franco-prusiano Luis Striffler (de viaje por el río San Jorge y el Cesar) y fray Juan de Santa Gertrudis, *Maravillas de la naturaleza* (de viaje por estos mismos valles fluviales hacia 1775), varios cronistas de Indias, y muchos libros modernos y contemporáneos (21 páginas de solo bibliografía moderna y contemporánea), gran cantidad de ellos escritos por autores de habla inglesa. El prurito de las citas es casi agobiante; las primeras tres páginas de la “Introducción: espacio y poder”, traen doce citas que ocupan casi la totalidad de estas páginas; en cada una aparecen ya innumerables libros y revistas, muchos de autores norteamericanos. Esta Introducción tiene 24 páginas y consta de 67 citas a pie de página; en la última cita, a su vez, se citan quince autores distintos, y a veces varios libros del mismo autor. El primer capítulo, “Las llanuras del Caribe y los Andes centrales: la percepción del espacio geográfico”, de 39 páginas, consta de 215 citas a pie de página. En suma, la Introducción, los seis capítulos del libro y las conclusiones, suman 1.511 citas. A no

dudar, habrían quedado mejor reunidas en la parte de atrás del libro. Los dos últimos capítulos, V y VI, traen cada uno un epígrafe. El capítulo V, "Pueblos de indios, sitios y rochelas en la región Caribe", trae un epígrafe en inglés (con la traducción al pie de la página), de Edward W. Soja, *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, donde contrasta la simultaneidad de las cosas diversas "que uno ve cuando mira lo geográfico", y la secuencialidad del lenguaje, de la escritura, constreñida por "la imposibilidad de que dos objetos (o dos palabras) ocupen el mismo lugar (como en una página)" (pág. 225). La idea de Soja, reflejada en un estilo más bien tortuoso como corresponde a lo "posmoderno", no le parece a uno la más adecuada para introducir este capítulo; la autora quiere poner de presente "la coexistencia de variados modelos de ordenamiento espacial que predominó en la región Caribe", a diferencia de la "relativa homogeneidad que presentaba el ordenamiento espacial de los Andes centrales" (pág. 225). El curioso epígrafe del último capítulo, sobre el caso de los "Chimila", es del viajero Luis Striffler, de camino por las inmediaciones de la Sierra Nevada en su libro *El río Cesar* (1880), y está más acorde con el tema y el tono de este capítulo y, sobre todo, está escrito en un lenguaje sencillo: "en los contornos de la Nevada la risa poco se practica... de un lado del Magdalena se rie i del otro lado solo hai jente seria... Desde que llegamos a Plato observamos que el ruido humano carecía del elemento risa". Sigue Striffler: "Los niños jugaban en silencio, i llegué a sospechar que el opuesto de la risa, el llanto, tampoco existe" (pág. 281). Striffler describió cómo, en la banda oriental del río Magdalena, "se encontraban grupos de hombres, como por ejemplo vaqueros, entre los cuales no había mujeres"; ¿es ahí donde están los niños que jugaban en silencio a los ojos de Striffler?; dice Herrera que Striffler mostró "el carácter guerrero de las escenas en esa área,

en buena medida porque los hombres andaban armados, y la poca tendencia a reír que mostraban sus habitantes" (pág. 282).



Argumento crucial en el libro es el hecho de que existe "una estrecha articulación entre el ordenamiento espacial, el ejercicio del poder y los mecanismos adoptados para confrontarlo" (pág. 17). La autora trae aquí a cuento a Michel Foucault, *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*, en la traducción al inglés hecha en Nueva York de su obra *Vigilar y castigar*. El nacimiento de la prisión, en efecto; la institución colonial de "corregimiento de naturales" instaurada en los Andes centrales, que se estudia en el tercer capítulo, revela, con su nombre mismo, su carácter; la autoridad a cargo de estos *corregimientos* de indios era, por supuesto, el corregidor (el que corrige, el que rectifica): la lengua no perdona y revela más de lo que quiere el patrón, en este caso español, que la usa. Se ve de qué manera *ordenar* es, al mismo tiempo, adecuar un territorio de acuerdo a un patrón, y dar una orden. El corregidor, el que corrige, también *rectifica* (como se aprecia en el diseño colonial, en forma de cuadrículas, de las plazas de los pueblos de indios). Los hombres de Estado, los fundadores de ciudades, son verticales y horizontales; las líneas curvas,

como las que hace el río Magdalena, sobre cuyas riberas se conformaron en su origen los asentamientos de indios, mulatos y mestizos, estas curvas desesperan al fundador de asentamientos coloniales, y son las delicias para el habitante de ciudades como Sevilla o Venecia.

El texto quiere dar énfasis desde el principio a dos aspectos simultáneos: "Se trata de un esfuerzo que busca articular la geografía física con la humana, al centrar la atención no sólo en los fenómenos geográficos en sí mismos, sino en la forma como esos fenómenos fueron incorporados en la vida diaria de la población que los experimentaba" (pág. 28). La observación, que abreva de Foucault y de San Francisco de Sales: "Mediante la regulación del tiempo y del espacio para el desarrollo de las actividades de socialización, los pueblos se constituyeron en efectivos canales para difundir los mensajes y valores del Estado colonial. Espacios como su iglesia y su plaza no sólo sirvieron como escenarios en los que se materializaba el poder sino que, además, sus mensajes implícitos llevaban a la incorporación del sistema en que se fundamentaba la sociedad colonial" (pág. 31). Y el contraste: "mientras el mestizo andino había sido incorporado al orden colonial, mediante su articulación jurisdiccional y espacial a los pueblos de indios, no había sucedido lo mismo con los llamados 'libres de todos los colores' caribeños". Estos últimos, "ocuparon los sitios mientras se mantuvo el ímpetu 'poblador', para retornar luego al monte, símbolo de perdición para las autoridades y de refugio para la población" (pág. 36). Era perentorio sacar a los hombres de los montes, pues "vivían allí como fieras". El monte, "Los hacía díscolos e indisciplinados" (pág. 53).

Las observaciones meteorológicas minuciosas son frecuentes en el texto: "En el territorio de la actual Colombia, la temperatura disminuye un grado centígrado por cada 184 metros de aumento de altura sobre el nivel del mar"; según otros, "por cada 147 metros" (pág. 44). O bien,

lo que puede apreciarse desde la laguna La Cocha en Nariño, a más del cielo nutrido de estrellas, la observación de Humboldt: “El color azul del cielo se torna más profundo y oscuro mientras más se gane en altura” (pág. 45). Los niveles máximos de precipitación lluviosa se localizan “debajo de los 1.500 m. sobre el nivel del mar”. Las “áreas cercanas a las cordilleras andinas son las más húmedas” (pág. 54). Se resalta la decisiva importancia de considerar las estaciones y los cambios climáticos, sobre todo en las llanuras del Caribe, donde el contraste entre las épocas húmedas y las secas es recio. Marta Herrera se va lejos, y evoca las obras hidráulicas de los zenúes: “Mediante la combinación de camellones artificiales y de extensos sistemas de drenaje, se pudo explotar la rica fauna ribereña, al tiempo que se mantenían cultivos mixtos estables de frutales y tubérculos y se aumentaba la fertilidad de la tierra. Los camellones y el sistema de drenaje permitieron que el área inundable pudiera ser permanentemente habitada y cultivada, manteniéndose así una producción agrícola continua, capaz de sostener poblaciones con una alta densidad demográfica. Mientras que con el sistema de roza y quema se puede sustentar una población aproximada de 70 habitantes por kilómetro cuadrado, el de drenaje en zonas pantanosas puede sostener alrededor de 1.000” (pág. 67). De esta manera, los zenúes preservaban sus territorios de las cíclicas inundaciones causadas por los grandes ríos que bañan las sabanas, Magdalena y los otros; pero además, enriquecían sus terrenos, tal como lo describen Clemencia Plazas et ál. en el libro *La sociedad hidráulica Zenú. Estudio arqueológico de 2.000 años de historia en las llanuras del caribe colombiano*.

Si en los Andes centrales, era posible mantener concentrada la población alrededor de la iglesia y de la plaza, en las llanuras del Caribe primaba la dispersión: “La ley ordenaba, pero la economía disponía” (pág. 68); a causa de un sistema económico que requería el continuo

desplazamiento de mercancías y el uso de mano de obra (los bogas, entre otros) para llevarlo a cabo. Mompo en 1681, “capital del contrabando del Nuevo Reino de Granada”, era un enclave colonial, encrucijada de muchos caminos: “¡Una ciudad que es como una hoguera encendida!” (pág. 70). Y los mosquitos, “animal detestable” para Humboldt; he aquí el relato del fraile Juan de Santa Gertrudis, cuando pernoctó en el pueblo de San Pedro, a orillas del río Magdalena; fray Juan no había visto mosquitos durante el día; al caer la noche, se sentaron a la mesa para cenar, “cuando oígo que por el monte se venía acercando un ruido como un aguacero. Yo dije: Ya viene el aguacero. Pero el indio me respondió: Padre, no es aguacero; son los mosquitos que ya vienen” (pág. 70). No sólo fray Juan sino los demás padres se levantaron rápido, ya picados de zancudos, con un huevo duro o una presa en la mano a refugiarse en los toldos, “y los indios comiéndose lo que quedó, y estaban ellos retozando a carcajadas” (pág. 71).

Viviendo en los pueblos de indios conformados ad hoc, al “ser incorporados al poderío del imperio, los indígenas perdían su especificidad cultural, para transformarse en vasallos del rey” (págs. 85-86). Más tarde, los pueblos de indios en los Andes centrales son devorados, fagocitados por las parroquias: “consistía en sacar a los indios de un caserío y de las tierras comunales que usufructuaban en su pueblo de indios y trasladarlos a otro pueblo. Al sacar a los indígenas, sólo quedaban pobladores *no indios* o ‘blancos’ dentro del territorio del pueblo transformado en parroquia” (pág. 101). Las tierras de los indios se remataban luego entre los nuevos pobladores.

En el Caribe, la distancia entre los pueblos y el hecho de que en sus cercanías no se asentaran vecinos (blancos, mestizos), “permitía a los indios oponer una mayor resistencia a la autoridad de los curas”. Más de dos tercios del territorio “de la provincia de Santa Marta fue escenario de disputas territoriales entre los ‘Indios Bravos’ y el Estado colo-

nial a todo lo largo del siglo XVIII” (pág. 120). Nada parecido ocurrió en los Andes centrales. Fue así como en el Caribe, y en la provincia de Antioquia donde también había indios bravos, se dio lugar a la figura del *capitán á guerra*, cuyas gestiones fueron diferentes a las del corregidor: las labores policivas “en la región Caribe tuvieron un carácter bien diferente a las de los Andes centrales, ya que frecuentemente excedieron el campo de lo policivo y penetraron en la órbita de lo militar, es decir, de los asuntos atinentes a la guerra” (pág. 131).



Se observa como “el ordenamiento espacial básico de los caseríos o poblados de los pueblos de indios” hizo que “la ubicación y forma de espacios y construcciones, como la plaza y la iglesia, se transformaran en algo natural”; de esta forma, “el orden social, político e ideológico del Estado colonial devenía en el orden natural. Su legitimidad estaba asegurada” (pág. 224).

Los dos últimos capítulos del libro se concentran en las provincias de Cartagena y Santa Marta, la región Caribe; el último, sobre los indios “Chimila”, los indios bravos. Se

pone de presente la heterogeneidad, aún en la gama de colores en los sembrados y las flores de los huertos que rodeaban las casas de los indígenas y mestizos en las riberas del Magdalena, tal como lo aprecia Humboldt, maravillado, en el viaje por el río. Heterogeneidad, movilidad, menor control de la población por parte de la corona, en estas sabanas, montes, llanuras, depresiones anegadas por las aguas. En Las Montañas de María, el primer sitio Palenque de San Basilio (pág. 227). Rochelas, sitios donde vivían los “libres de todos los colores”. *Libres* es palabra india para designar a los que no tributan como ellos, los indios cautivos: blancos, mulatos, negros fugitivos, zambos, mestizos. Juan de Santa Gertrudis: “sólo hay limpio una monte, y para ir a cada casa hay su caminito” (pág. 246). En su “Diario de viaje”, Humboldt resalta el temperamento de los sabaneros ribereños, dice de ellos que eran “hombres libres, a las veces muy activos, indómitos y alegres. Su eterna alegría, su buena nutrición... todo ello disminuye el sentimiento de compasión” (pág. 251). Vivían en la abundancia y no tenían nada... ¿Se pueden llamar “pobres” o “misera- bles” a gentes tales?

RODRIGO PÉREZ GIL

Fernando Charry Lara (1920-2004)

Semblanza

Con su boina, y la picardía insolente en la mirada, Fernando Charry Lara mantenía una ecuánime apariencia de abogado en retiro y cumplido catedrático de literatura. Pero por debajo de esa pulcra figura alentaban los demonios felices de la poesía. Sólo a ella fue fiel toda su vida.

Las deletéreas y adorables criaturas lo seducían con sus espejismos y sus versos, apenumbados y medidos, le rendían constante tributo.

Amaba quizá por ello los suburbios, los hoteles de paso, la llama incandescente del alcohol y la traviesa energía del juego erótico, tan risueño como devorador.

Tenía gracia y humor, y había vivido lo suficiente para desconfiar de este país de eminencias pediguéñas. Como abogado de Cicolac sirvió a los suizos con integridad, y recorrió el país, entre juzgados, políticos y notarías.



Pero siempre dejaba un margen, como Wallace Stevens en su compañía de seguros, para tener a mano un libro de ensayos literarios o un volumen de buenos versos como la antología *Laurel*, una de sus preferidas.

Liberal sin estridencias, recordaba los excesos hirsutos de una intolerancia clerical que obligaba a los contertulios bohemios de los cafés bogotanos a cortarse las corbatas rojas y tragárselas delante de los esbirros. Le apenaba la mediocridad escandalosa de nuestros días, pero en la música clásica y en la ceñida biblioteca de su apartamento de la calle 94 de Bogotá encontraba interlocutor y alivio. Bien podía ser la antología de Gerardo Diego con toda la generación del 27 o *Laurel*, de 1941, preparado por Emilio Prados, Xavier Villaurrutia, Juan Gil-Albert y Octavio Paz. De allí emanaba la misma música que hizo conmovedores sus versos:

*Esbelta sombra dulce, sombra
[con ademán de entrega,
cuerpo en forma de cielo y
[sueño, reposas en el aire,
rompes el silencio con el
[corazón a borbotones,
pero me dejas en suspenso
[extraña,
solo palpitación, solo deseo,
hallazgo imprevisto de mi
[destino ignorado.*

Un destino por cierto, que se había forjado desde muy joven. *La alegría de leer*, la celeberrima *Cartilla Charry* era fruto familiar, y su padre, siendo niño, le llevó a la velación del cadáver de José Eustasio Rivera. A él, lo mismo que a José Asunción Silva y a Eduardo Castillo, les rendiría culto razonado, muy consciente de la tradición de la cual formaba parte. A ella vale la pena referirse por un momento.

Tradición crítica

En los años 1936 y 1940 Jorge Rojas, quien representaba el ron Bacardí en Colombia, financió y patrocinó unas entregas quincenales de poesía. Pequeñas plaquetas a través de las cuales irrumpió una nueva generación. La que conformaban Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez, Eduardo Carranza, Gerardo Valencia, Tomás Vargas Osorio, Darío Samper y Carlos Martín. En la dedicatoria de la reedición del *Territorio amoroso* de Carlos Martín, segunda entrega fechada el 25 de septiembre de 1939, escribió Jorge Rojas de su puño y letra:

Como ves este es el título de la segunda entrega que se la dediqué a Carlos. Todavía no nos llaman piedracielistas. Eso vino a la altura de la cuarta entrega por Juan Lozano.

Juan Lozano, quien los consideró disociadores de la nacionalidad. Cuando en realidad no eran más que ávidos lectores de ese neurótico hipocondríaco y gran poeta que era Juan Ramón Jiménez. Y de los felices hallazgos verbales, en el so-